

*edad, en el convento de Saint-Gildard, en Nevers, convento de hermanas de la Caridad. En él tomó el hábito bajo el nombre de Sor María Bernardo, y allí falleció, muy piadosamente, en 16 de abril de 1879, á la edad de 35 años 3 meses y 9 días.*

## LAS OLAS HUMANAS DE LOURDES

---

### I

En nada han de sorprendernos las apariciones de la Santísima Virgen en nuestra época : Lourdes no es, en la historia de Francia, ni una excepción, ni una novedad ; en todo tiempo la Madre de Cristo ha considerado como feudo suyo á este país. En ninguna época, salvo en el siglo XVIII, le ha negado el favor de su presencia ; pero si se tiene en cuenta la increíble bajeza de los Borbones y la inexorable infamia de los Jacobinos, semejante abandono se explica fácilmente.

Es más : fué menester esperar hasta fines de la primera mitad del siglo XIX para verla aparecerse de nuevo á ciertas almas escogidas, en algunos puntos especiales de sus dominios.

La última de sus apariciones que no da lugar

á dudas, la de Lourdes, no es, pues, sino la continuación de manifestaciones más antiguas; y por eso me parece interesante precisar sus antecedentes.

Proceden éstos de dos fuentes: una, puramente regional, y parisiense la otra. Numerosos son los precedentes de Lourdes en la región de los Pirineos. Si se tomara un mapa de las diócesis de Bayona y de Tarbes podría trazarse en él, alrededor de Lourdes, un círculo formado por los lugares ó las capillas que en otros tiempos fueron centros de peregrinación á la Madona; entonces surgiría Lourdes, en medio de tal redondel, como un astro vivo rodeado de nueve satélites, ya casi muertos.

Esos satélites son:

- Nuestra Señora de Heas;
- Nuestra Señora de Pietat, en Barbazán;
- Nuestra Señora de Pietat, en Saint-Savin;
- Nuestra Señora de Poueylahün;
- Nuestra Señora de Bourisp;
- Nuestra Señora de Nestés;
- Nuestra Señora de Medoux;
- Nuestra Señora de Betharram;
- Nuestra Señora de Garaisón.

Todos esos Santuarios, excepto el penúltimo, que depende de la sede episcopal de Bayona, pertenecen á la diócesis de Tarbes.

Daremos sucintamente la biografía de cada uno de ellos.

Nuestra Señora de Heas, levantada en una aldea sita entre Bareges y Saint-Sauveur, cerca del circo de Gavarnie, existía antes del siglo XVI, pues se halla mencionada en un título que lleva la fecha de 1415. La capilla parece haber sido fundada por la familia de Estrade d'Esquièze, con objeto de que los pastores perdidos en los extensos pastos de dicha casa pudieran oír misa los domingos; hoy día la visitan algunos turistas deseosos de trepar hasta lo alto de los montes en cuya cresta se halla la capilla.

Nuestra Señora de Pietat. El origen de esta capilla, sita en Barbazán, se pierde en la noche de los tiempos; no se conoce documento alguno acerca de su ya extinguida existencia. La otra Nuestra Señora de Pietat, erigida en Saint-Savin, se erguía sobre la abadía benedictina del mismo nombre, construída por un solitario del Poitou, á quien todavía está dedicado un altar en la iglesia abacial de Ligugé.

Sus reliquias, encerradas en un relicario antiguo codiciado por los anticuarios, descansan en la iglesia de la aldea de Saint-Savin, en donde, entre paréntesis, subsiste un extraño órgano de la Edad Media, ya todo desvencijado. Los pedales, al ser movidos, hacen jugar mandíbulas de cabezas fantásticas que sacan la lengua, burlándose de los fieles.

Esos mascarones, cuyas muecas, en un tem-

plo, sorprenden, son de madera, están chistosamente tallados, y pintados con colores rabiosos.

A Nuestra Señora de Poueylahün, en Arrens, la dominan por todos lados altas montañas; su capilla es de estilo del Renacimiento; la Virgen fué muy celebrada en ella en otros tiempos; hoy día, únicamente las campesinas del país van á rezarle; en cuanto á su monografía, es nula.

Nuestra Señora de Bourisp, en Vieille Aure, nació de la leyenda tantas veces referida por los historiadores de la Edad Media, de un buey descubriendo y adorando una estatua de Madona que, llevada á varios sitios, vuelve siempre, milagrosamente, á aquel donde fué hallada, obligando así al pueblo á erigirle una iglesia en el terreno fijado por ella. La estatua parece ser del siglo XII; en Francia, ya sólo la veneran los fieles de Vieille Aure.

Nuestra Señora de Nestés, en Montoussé. El sitio donde había de levantarse el oratorio fué, como el de Santa María Mayor, en Roma, designado por una capa de nieve que cayó del cielo en pleno verano; ya estaba medio derruido y totalmente abandonado, cuando en junio de 1848, durante la revolución que quitó del trono á Luis Felipe, tres niñas vieron, en medio de una zarza

que había brotado entre piedras caídas del vetusto santuario, una imagen luminosa de la Virgen, y quedó decidido que se reedificaría la capilla, colocando de nuevo en ella su antigua estatua que, en 1793, había sido recogida por la iglesia parroquial de la villa; fuera de las gentes de las cercanías, casi nadie frecuenta dicha capilla, y ninguna peregrinación acude á ella.

Nuestra Señora de Medoux, á 3 kilómetros al sur de Bagnères de Bigorre, frente á la alquería de Asté, debió su fama, hoy extinguida, á dos leyendas.

La primera recuerda, en parte, la leyenda de Nuestra Señora de Bourisp; aquí no hubo buey, pero sí estatua, la cual volvió por sí sola al sitio de donde la habían quitado. En efecto, en 1562 los habitantes de Bagnères de Bigorre se apoderaron de ella y la ataron sobre una carreta para llevársela á su ciudad; pero, al llegar al puentecillo del Martinet, la estatua rompió sus ligaduras y por el aire se volvió á su iglesia.

La segunda leyenda es más interesante y más nueva. En 1648, la Virgen se apareció á una pobre pastora llamada Liloye que estaba rezando ante su efigie, y le mandó que dijera al clero y al pueblo de Bagnères que hicieran penitencia por sus pecados. Liloye cumplió la orden, pero en vano; burlada volvió junto á la Virgen, la cual repitió lo que ya había dicho, añadiendo que, de

no ser escuchada, diezmaría la ciudad por medio de tremenda peste.

De nuevo obedeció Liloye, pero sin más suerte que la primera vez; entonces arreció la peste y mató á cuantos habitantes no habían podido huir; por espacio de un año quedó desierto Bagnères de Bigorre; mas, poco á poco, los que habían podido sustraerse al azote volvieron á sus moradas. Una de aquellas emigradas, Simona de Souville, se encontró con Liloye en la calle, y con sorna le dijo que la epidemia providencial anunciada por la joven sólo había matado á los que carecían de recursos para alejarse; pero que los adinerados nada tenían que temer. Y añadía Simona que muy incompleta resultaba la lección y que ella y otras personas esperaban avisos menos burdos para convertirse.

— Anda, dijo en seguida la Virgen á Liloye, vé á decirle á esa mala oveja que, esta vez, el azote alcanzará también á los ricos, y que ella será la primera víctima.

Y la predicción se cumplió literalmente, y Simona murió.

El pueblo, aterrorizado, se arrepintió y numerosas procesiones desfilaron, durante muchos años, ante el altar consagrado á Nuestra Señora. En cuanto á Liloye, tomó el hábito en un convento cerca de Montserrat, en España, pues todos los monasterios de aquella región francesa habían sido quemados por los protestantes.

Dicho santuario de Medoux, que estaba á cargo de Capuchinos, entre los cuales vivió el P. Antonio de Lombez, fallecido en 1778 en olor de santidad, fué una de las peregrinaciones célebres de los Pirineos. Curaciones y milagros de toda clase atrajeron á las gentes; luego vino la Revolución, y todo lo dispersó; quedó cerrada la capilla, y la estatua fué trasladada á la iglesia de la villa.

Nuestra Señora de Betharram está situada en el pueblo de dicho nombre, enlazado con Lourdes por la vía férrea. Muy conocido de los peregrinos es este sitio, y después de rezar ante la gruta, muchos suelen llegarse á Betharram para continuar sus devociones. Construída no se sabe cuándo, á consecuencia de un milagro que, salvo que fueron pastores en vez de pastorzuelas quienes descubrieron una imagen luminosa de la Virgen en una zarza, evoca, casi palabra por palabra, la leyenda de Nuestra Señora de Nestés, la iglesia fué incendiada por los protestantes en 1569, pero la estatua, retirada intacta del fuego, fué salvada por un sacerdote que la llevó á Tauste, cerca de Zaragoza, en España, en donde parece ser que aún sigue.

Ya no quedaban más que escombros de lo que había sido iglesia, y, no obstante, enfermos incurables recobraban la salud en aquel sitio, y allí acudían las gentes para implorar á la Virgen.

Luis XIII restauró el santuario, y Leonardo de Trapes, arzobispo de Auch, colocó en él, en 14 de julio de 1616, una nueva estatua destinada á sustituir la que los habitantes de Tauste se negaban á devolver. La víspera de la Asunción del año 1622, una fuente, secada desde hacía muchos años, se puso á correr con abundancia en una grutita abierta cerca de la iglesia, y numerosos milagros se efectuaron merced á dicha agua, cual si quisiera la Madona preludiar á las curaciones que por ese mismo medio había de realizar dos siglos más tarde en Lourdes.

La iglesia actual, que recuerda á la vez el estilo Renacimiento y el estilo Jesuíta, tal como existe en Amberes, merece ser visitada. El interior es extraño, con sus medios arcos soportados por pilares muy bajos, de altura de hombre, sus angelones de madera dorada, sólo de medio cuerpo, como los bustos mitológicos de las Termas, y enguirnaldados, desde la cintura, con hojarasca de rosales y de robles. El altar es una enorme pieza, sumamente dorada, sostenida por soberbias columnas salomónicas en las que se enroscan pámpanos, decorada de palomas, de ángeles, de amorcillos desnudos y carnosos, á lo Rubens, rodeando una efigie de la Virgen, plácida pero sin movimiento. La nave, dominada por un arqueado techo de madera pintado de azul celeste, sembrado de estrellas, está ador-

nada de cándidos cuadros que relatan milagros no lejanos; en una capilla del lado derecho, un bajo-relieve refiere el episodio de la Aparición á los pastores, de María sonriéndose en medio de una zarza ardiendo.

La Señora que con tanta largueza distribuía en otro tiempo, en esta morada, la limosna de sus mercedes, se ha mudado: hoy día, su domicilio se halla un poco más lejos, en un sitio llamado Massabieille...

Tanto estas peregrinaciones como las precedentes pueden ser consideradas como triunfos hiperdúlicos de Lourdes, pero sus leyendas, perdidas en la noche de los tiempos, sólo algunos parecidos tienen con la historia de la gruta. Á lo sumo pudiera considerarse á Liloye como un remedo de Bernadette: lo mismo que esta última, después de haberle servido de medianera á la Virgen y aguantado las burlas de toda una ciudad, acabó su vida en un convento; y, por otra parte, el manantial y la gruta de Betharram son, por decirlo así, las prefiguradas de los de Lourdes.

Con Nuestra Señora de Garaisón se acentúan y se precisan más los parecidos; nada falta: la pastorzuela, la gruta, el agua, las innumerables olas humanas que de los más remotos sitios acuden, los milagros y las curaciones. Puede afirmarse que dicha romería fué, en los siglos XVI

y XVII, lo que hoy día es la peregrinación de Lourdes.

Pocos renglones son menester para relatar la biografía de Nuestra Señora de Garaisón.

Hacia el año 1500, en Monleón, en el valle de Garaisón, en un sitio antiguamente llamado « la Landa del Chivo », por servir de lugar de cita á los brujos de Gascuña, una pastorcilla, Anglese de Sagazán, guardaba los rebaños de su padre, cerca de una fuente, cuando una Señora, vestida de blanco, se le apareció, y, después de haberse dado á conocer bajo el nombre de la Virgen María, pidió, lo mismo que en Lourdes, que le levantasen una capilla y que acudiese allí la gente en procesión.

La muchacha corrió á anunciarle la noticia á su padre. En el acto creyó éste lo que su hija le decía, pero no ocurrió lo mismo con los habitantes de la localidad, que se echaron á reír. Al día siguiente volvió la niña á la fuente, y de nuevo se le apareció la Virgen, reiterándole su petición; mas los rectores y las autoridades de Monleón, persuadidos de que el padre y la hija que tales disparates les contaban no tenían la cabeza muy firme, rehusaron darles más oídos y les aconsejaron que se pusieran en cura.

Por tercera vez acudió Anglese á la fuente, pero no fué sola, sino acompañada de su familia y de algunas personas de la vecindad; fuera de la niña, nadie vió á la Virgen, pero todos la oye-

ron declarar que iba, para convencerlos, á cambiar en pan blanquísimo el mendrugo de pan negro que la pequeña llevaba en sus alforjas, y todo el que, parecido á éste, había en casa del pastor.

Y se efectuó el doble milagro, y la ciudad, de incrédula que era, se volvió ferviente. En seguida organizaron procesiones y fué edificada una capilla; pero era demasiado pequeña para dar cabida al gentío que de todas partes acudía. Fué derribada en 1536, y en su lugar se erigió una espaciosa iglesia gótica.

Colocóse en el altar mayor una estatua de madera representando á Nuestra Señora de los Dolores; ¿de dónde procedía esa estatua hoy día carcomida y que representa una Virgen á la vez dolorida y pensativa, sosteniendo en sus rodillas el inanimado cuerpo de su Hijo? Nadie lo sabe; según una leyenda, dicha Dolorosa fué descubierta por Anglese, guiada por indicaciones de la Virgen; según otra, fué sacada de entre unas zarzas. Pero, cualquiera que sea su origen, lo cierto es que ante ella se efectuaron muchas curaciones de males reputados incurables. De muy lejos venían los enfermos, y los ciegos veían y los paráliticos andaban, después de haber bebido del agua de la fuente. Hubo una interrupción en la época de la Liga. Los herejes saquearon la iglesia y echaron á una hoguera la estatua de Nuestra Señora; mas, como la de Betharram, no

se consumió. Ya que hubo cesado la tormenta, la gente emprendió de nuevo el camino hacia Monleón. Pero el bienestar que la afluencia de peregrinos proporcionaba á los habitantes de la ciudad los perdió, como también se perderán los naturales de Lourdes. El dinero corrompió á aquellas gentes, y la Virgen se retiró.

Ya no ofrecía Garaisón interés alguno particular cuando la Revolución transformó la iglesia en una fábrica de pólvora; la estatua de la Virgen, que había podido ser sustraída al furor de los Jacobinos, fué trasladada á la iglesia de la parroquia, y, en 1834, el obispo de Tarbes restauró el santuario y fundó, para que lo sirvieran, una compañía de misioneros de cuyas filas han salido los Padres de Lourdes.

La iglesia es aún frecuentada por gente del país y por algunos turistas.

En cuanto á Anglese, entró, en 1536, en el monasterio cisterciense de Fabás, situado en la diócesis de Comminges, á unas seis leguas de Garaisón. Refiere la tradición que, lo mismo que ante la Virgen, tres veces se presentó á la puerta de aquella abadía cuyas monjas pertenecían á la nobleza de las cercanías. Las dos primeras veces fué rechazada, por ser villana; pero, la tercera vez, las puertas del convento se abrieron solas y las campanas se echaron á vuelo, solas también. En seguida quedó admitida la joven, y allí murió, á la edad de más de cien años, en olor de

santidad, sin haber pasado de simple religiosa, ni haber aprendido á leer y á escribir; esto, según algunos; pero, según otros, llegó á priora. Entregó su alma á Dios la víspera de la Natividad de la Santísima Virgen, el año del Señor 1582.

Como se ve, no es Lourdes un hecho aislado en los anales de los Pirineos. No es sino la reviviscencia de antiguas devociones populares que la Madona ha rejuvenecido; sin mudar de región, se ha limitado á transportar su morada á un sitio más accesible á la piedad de las gentes.

Tales son, pues, sus antecedentes regionales. La filiación parisiense, menos directa, se establece de rechazo. Deriva de Nuestra Señora de las Victorias, la cual se enlaza con la capilla de las hermanas de San Vicente de Paul de la calle del Bâc, la cual, á su vez, se enlaza, á través los siglos, con la iglesia de Saint-Severin. No olvidemos, en efecto, que si vino María á Lourdes para invitar á los pecadores á hacer penitencia y afirmar por curaciones el poder mediador de sus mercedes, también, y muy especialmente, vino para afirmar que era aquella « Inmaculada Concepción » cuyo dogma acababa de ser definido, hacía cuatro años, por el papa Pío IX, en Roma.

Ahora bien, nunca, en las precedentes Apariciones de los Pirineos, había sido cuestión de esa prerrogativa, de la que Ella misma nunca había hablado, en persona, hasta el año 1830,

época en que la reveló á una de las antecesoras de Bernadette : á Catalina Labouré, en París.

De modo que en esta última ciudad es donde, por vez primera, manifestó la Virgen á una criatura humana que su nacimiento había sido immaculado.

Para decir verdad, ya en tiempo de Carlomagno, en varias provincias de Francia, los cristianos honraban la Concepción sin mancha de la Virgen, y la Universidad de París, en el siglo XIII, siguió, sobre este punto, la doctrina enseñada por San Anselmo; pero es menester esperar hasta al siglo XIV para encontrar en París una iglesia que dedique un altar y funde una cofradía bajo la advocación misma de la Inmaculada Concepción; y la iglesia de Saint-Severin fué la primera que, en dicha ciudad, reconoció y celebró el privilegio de María.

Mas, con los años, esa devoción se debilitó; Saint-Severin acabó por ser más una iglesia parroquial que un santuario de peregrinos. En los siglos XVII y XVIII se convirtió en lugar de cita de los jansenistas, y fueron menester muchos años y muchos esfuerzos para desarraigarse del barrio dicha secta. Hoy día, la Virgen, tan despreciada por aquéllos, ha vuelto á su antiguo domicilio; pero, si aún sigue dispensando en él mercedes espirituales, parece haber cesado las curaciones corporales: ¿no se habían ade-

lantado sus sacerdotes á cerrar un pozo cuya agua fué favorecida con milagros?...

En suma, en el siglo XIV, la devoción de la Inmaculada Concepción era muy viva en París; disminuyó, ó mejor dicho, se desmigajó á partir de la Edad Media; en estos últimos siglos ya no tenía morada especial; en todas partes contaba con adeptos, pero en ninguna le dedicaban culto sobresaliente, cuando, en noviembre de 1830, se decidió la Virgen á darle súbitamente nuevo impulso, no sólo en París sino en todo el universo.

Entonces fué cuando se le apareció á Catalina Labouré en la capilla de las hermanas de la Caridad, llamadas: hermanas grises, de la calle del Bac, y le dió orden de que hiciera acuñar una medalla destinada á propagar la creencia en su inmunidad de origen.

Dicha medalla, que pronto hicieron célebre sus milagros, arrastró á las gentes á la calle del Bac, pero la capilla era demasiado pequeña, y, además, aquel incesante ir y venir distraía demasiado á las monjas. La Virgen se encargó de arreglar las cosas. En tiempo en que se aparecía en el referido convento, era el abate Dufriche-Desgenettes cura de San Francisco Javier, en cuya parroquia estaba situada la casa de las hermanas; conocía las persuasivas audacias de la medalla milagrosa y se ocupaba activamente en esparcirla, cuando fué nombrado cura de Nuestra Señora de las Victorias.



Era esta circunscripción una de las peores de la ciudad; la iglesia estaba siempre vacía; después de haber, pero en vano, intentado reunir algunos fieles, el pobre cura se descorazonó, y, agobiado además por escrúpulos, resolvió retirarse, pensando que quizás otro sacerdote conseguiría pescar arrepentimientos en el vivero de aquellas conciencias indolentes. Más que nunca decidido á marcharse, el 3 de diciembre de 1836, en la mañana de la fiesta de San Francisco Javier, patrón de su antigua parroquia, subió al altar para celebrar misa. De tal manera le atormentaba el deseo de alejarse de aquellos lugares, que le era imposible recogerse. No obstante, al llegar al « Sanctus » consiguió refrenar su imaginación, y suplicó al Señor que lo librase de aquel tormento.

Apenas hubo terminado esta plegaria, una voz interior pronunció en él distintamente estas palabras: « Consagra tu parroquia al Santísimo Corazón inmaculado de María », y de repente se sintió serenado su ánimo. Terminada la misa, preguntase si no ha sido víctima de una ilusión, pero de nuevo se hacen oír las mismas palabras, y con mayor claridad; vuelve á su casa, escribe de un tirón, cual si se lo dictaran, el reglamento de una cofradía destinada á venerar especialmente la Inmaculada Concepción, y, aun antes de que hiciera público su pensamiento, sin que se supiera por qué ni cómo, la iglesia desierta

se llenó de gente. Curaciones y conversiones de toda clase se efectuaron. Á poco se convirtió Nuestra Señora de las Victorias en la gran peregrinación de la Virgen, en París.

María ha pasado el río y ha fijado su domicilio en el sitio más contaminado de la Capital, cerca de la Bolsa, en el barrio mismo de la Judería de los bancos y de la pañería; la devoción nacida en la calle del Bac, en donde se apareció la Virgen, se ha trasladado á la antigua iglesia de los Agustinos, é inmenso es el gentío que cada año acude á dicho templo.

La especial hiperdulía de Lourdes es el ensanche, puesto al alcance de la tierra toda, de la devoción de Nuestra Señora de las Victorias reducida á la diócesis de París. Aquélla depende de ésta, pero no la trasladó á Lourdes la Virgen hasta que la antigua creencia de sus iglesias madres de París hubo sido impuesta al mundo por un papa.

Finalmente, fuera de esas dos estirpes regionales y parisienses que acabamos de explicar, también se puede, aunque muy distintas son las condiciones de parentesco, relacionar las apariciones de Lourdes con las de la Salette.

Á falta de ascendencia parisiense, el santuario de la Salette posee una filiación local, semejante á la de Lourdes, pues también él ha nacido en un sitio rodeado de antiguas capillas de romerías más ó menos extinguidas, y, por otra

parte, presenta el caso muy singular de estar situado en un país de montañas, como Lourdes.

Diez y seis años después de la aparición de la calle del Bac y doce años antes de las de Lourdes, en la Salette, cerca de Corps, en el Delfinado, en los Alpes, habló María á la chiquela Melania, y brotó un manantial que, lo mismo que más tarde en los Pirineos, ha servido de vehículo á curaciones.

Sólo que, esta vez, ni una palabra había dicho la Madona respecto de la dispensa de impureza de su Concepción, pero lloró y amenazó, censurando más particularmente los vicios de los sacerdotes y de los claustros, y exigiendo, en expiación de abusos de toda especie, una pronta penitencia.

La Salette gozó de extraordinaria fama en sus comienzos; mas, luego, la dificultad de las comunicaciones, la imposibilidad de subir, por caminos mal abiertos en la falda de los montes, á impedidos y á enfermos, descorazonaron á las piadosas caravanas, y éstas disminuyeron de día en día. Añadamos que la plebe de las cercanías, compuesta en su mayoría de incrédulos y de francmasones, que explotaba á los peregrinos burlándose de ellos, sin duda contribuyó también en mucho á que cesara la gente de acudir á aquellos lugares.

En una palabra, aunque no cesaban de manifestarse las mercedes espirituales, iba dismi-

nuyendo cada vez más la peregrinación, ya sólo casi compuesta de excursionistas y de habitantes de los alrededores: la aparición de Lourdes acabó con ella.

La Virgen se fué de los Alpes á los Pirineos, y no ya á lo alto de un monte, sino al pie, á una gruta, cual si quisiera aproximarse más, ponerse al alcance de la tierra. Se apareció sonriente, cual Virgen gloriosa, y distribuyó sin tasa mercedes que con más parsimonia había concedido en sus santuarios del Sena y del Delfinado.

¿Qué había ocurrido durante los doce años que separan las manifestaciones de los Alpes de las de los Pirineos? También dice la Virgen, en Lourdes, que es menester hacer penitencia y orar, pero ya no llora, ya no dirige reproches ni amenazas.

Parece como que la ira del Hijo se haya aplacado, y, no obstante, la humanidad no ha mejorado de vida en todo ese tiempo, por lo menos al parecer; entonces, ¿por qué ese cambio de actitud, por qué esa repentina clemencia?

Nada podría explicarlo si no se supiese que, á más de las escasas órdenes religiosas que no han degenerado y que siguen haciendo vida penitente, hay entre los laicos, sobre todo entre las mujeres, numerosas reparadoras que oyeron las irritadas quejas de la Salette. No hay duda de que muchas almas se han sacrificado, y, res-

tableciendo el perdido equilibrio, han conseguido, á fuerza de padecimientos, apartar los cataclismos que nos amenazaban.

Estamos en plena obscuridad, sentimos vagamente en nosotros y por encima de nosotros luchas que parecen interminables, pues no bien acaban unas, ya otras se entablan. La partida se juega entre tres : Dios, el demonio y el hombre ; pero uno de los tres, el hombre, ignora cuál será el resultado de esa partida cuya apuesta es él mismo.

.....

Si resumimos ahora estas observaciones, nos será fácil ver que el itinerario de la Virgen en Francia, en el siglo XIX, tiene su punto de partida en París, y, después de un descanso en la Salette, termina en Lourdes, en los Pirineos.

También podemos observar que la Madre de Cristo ha escogido como residencia lugares situados en regiones ya visitadas por Ella, y que, en realidad, más bien ha reanimado que creado, en nuestra época, devociones, que sacó Ella de las provincias en que estaban limitadas, para propagarlas en el universo entero.

En efecto, ya lo hemos relatado : La Salette y Lourdes figuran en territorios habitados en otro tiempo por Ella ; y, en cuanto á París, conviene observar que Saint-Severín era, en la Edad Media, un centro muy activo de peregrinaciones ; pudiendo admitirse, por otra parte, que, aun

fuera de las razones que decidieron á la Virgen á emplear como intermediaria á una religiosa de San Vicente de Paul, escogió la casa de la calle del Bac porque, en ese barrio del lado izquierdo del Sena, la devoción á su santísima persona había sido muy activa en los últimos siglos, en tanto que iba agonizando en Saint-Severín, invadido por los discípulos de Jansenio, que hasta se convirtió en una sucursal del cementerio de San Medardo, con los convulsionarios que iban allí para orar sobre la tumba del abate Desangins, confesor del diácono Paris, inhumado en dicha iglesia.

En esa calle del Bac que fué, en el siglo XVII, un vivero de comunidades, existía, en efecto, una situada cerca del convento de las monjas grises, en el ángulo de la calle de Varennes : el monasterio de las Recoletas, llamadas hijas de la Inmaculada Concepción, el cual fué suprimido en 1792, y cuyo fin era, precisamente, honrar la prerrogativa de su nacimiento.

Añadamos que cuando pasó el río la Virgen y fué á instalarse en la orilla derecha del Sena, sentó sus reales en una iglesia que de muy antiguo conocía Ella y que le pertenecía más especialmente que otra cualquiera, pues le había sido dedicada, en nombre de la Francia, por el rey Luis XIII, el cual también la bautizó, á consecuencia de la toma de la ciudad de la Rochelle, defendida por los protestantes, con

el nombre de Nuestra Señora de las Victorias.

En París, lo mismo que en la Salette y en Lourdes, tomó la Virgen, como intermediarios, á campesinos, á seres humildes, limitados y rudos. En la Salette y en Lourdes se dirigió á pastoras, á Melania y á Bernadette, así como en otros tiempos se había dirigido á Liloye y á Anglese de Sagazán; y en París, en donde no hay pastoras, fijó su beneplácito en una moza de labranza que había tomado el hábito de hermana de la Caridad; observemos también que no escogió por intérprete á ninguna monja de la vida contemplativa, sino á religiosas de una orden activa, fundada en época en que se edificaba Nuestra Señora de las Victorias. Ahora bien: esa antigua simultaneidad de origen, esa especie de hermandad de esos dos santuarios que, en nuestros días, la Virgen visita, trasladándose de uno á otro, ¿no son indicios muy serios de que un lazo misterioso une la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias á la Orden de San Vicente de Paul?

Y, finalmente, así en la Salette como en Lourdes, tanto en París en Saint-Severín, como en los Pirineos en Betharram y en Garaisón, ha querido la Inmaculada que fuera el agua el excipiente de las curas que se dignaba Ella hacer.

Esta cuestión de las relaciones del agua con la Virgen ha sido muy ingeniosamente tratada

por un ocultista católico, el Sr. Grillot de Givry, en su incitante tomo: « Las Ciudades iniciáticas, Lourdes. »

Para decir verdad, la antigua Simbólica de la Edad Media, que tanto se ocupó de ese elemento, no vió en él una imagen especial, única de la Virgen, y menos aún la designó como pudiendo ser « ese principio femenino vital de la naturaleza », de que habla el Sr. de Givry.

No hay duda de que se impuso el establecer un parangón entre el capítulo 1 del Génesis y el 1 del Evangelio según San Lucas, y que acudió á las mentes el asimilar las dos operaciones del Espíritu Santo: por una parte, cerniéndose, en el momento de la Creación, sobre las aguas, cubriéndolas, por decirlo así, aunque sin tocarlas materialmente, y, por otra parte, cerniéndose sobre la Virgen, á la que cubría la sombra del Altísimo.

De suerte, pues, que puede el agua especificar una de las figuras de la Virgen; mas no es menos positivo que, las más de las veces, por no decir siempre, la Simbólica le asignó una muy distinta significación, cualquiera que sea el agua de que se trate: de mar ó de río, de fuente ó de pozo.

Según la Simbólica, el agua representa, según los casos: á Cristo, á los Angeles, la doctrina evangélica, el bautismo, la ciencia de los Justos; y, teniendo en cuenta el doble carácter de su

sistema de analogías, y tomándola entonces en mal sentido, el agua es una imagen de la tentación, de los numerosísimos pecados, de la lujuria.

Pero, si nos atenemos al modo de interpretación más conocido, vemos, según los textos de San Gregorio Magno, de Rabán Maur, de Pedro de Capua, que el agua es sobre todo el símbolo del Espíritu Santo.

Por otra parte, la prudencia aconseja el no aceptar esa fórmula de curaciones sino como una de las que suele emplear la Virgen, cuando lo tiene á bien, pues, muchas veces, ni acude siquiera á semejante medio. En los lugares mismos en que hizo brotar manantiales, en Lourdes, por ejemplo, á muchísimos enfermos ha curado sin que tuvieran éstos que beber del agua milagrosa ni bañarse en ella.

Mirándolo bien, el agua es, ante todo, una señal material de regeneración. Después de haber curado al alma de las consecuencias del primer pecado, también puede curar el cuerpo, cuyos padecimientos son la consecuencia de aquel primer delito. Quizá emplee la Virgen este procedimiento en recuerdo del sacramento del bautismo.

Convierte, ciertos días, ese elemento en auxiliar de sus mercedes, y, sin que se sepa por qué, no lo utiliza otros días.

En todo caso, los manantiales de la Salette y

de Lourdes han sido prefigurados en el Antiguo Testamento por el Jordán, que limpió á Naamán de la lepra; y, en el Nuevo, por la piscina probática removida por el ángel.